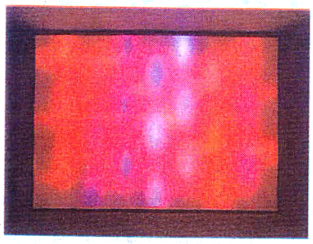
El Cultural - El Mundo, 20 de enero de 2005

Leo Villareal

JAVIER LÓPEZ. MANUEL GONZÁLEZ LONGORIA, 7. MADRID. HASTA EL 24 DE FEBRERO. DE 20.000 A 45.000 E



L. VILLAREAL: *LIGHTSCAPE 2.0*, 2004

HAY en la obra de Leo Villareal un sistema de relaciones entre opuestos que resulta altamente sugerente. De entrada, la obra que saluda al espectador en el espacio de Javier López remite al frío rigor minimalista de Dan Flavin, si bien pronto comprendemos que la cosa va mucho más allá. Villareal (Alburquerque, E.E.U.U., 1967) utiliza tubos rellenos de diodos emisores de luz (LED) para componer una sinfonía con tres únicos acordes (rojo, verde y azul) que pueden ofrecer, no obstante, dieciséis millones de matices cromáticos distintos. De este modo, el artista, afincado en Nueva York donde este año realizó una intervención en el P.S.1, propone una cadencia irregular que jamás se repite, un complejo sistema arrítmico que podría prolongarse hasta el infinito. La aparente frialdad del objeto, sencillos tubos verticales emisores de luz enchufados a un alimentador, sitúa al espectador en un clima decididamente poético y alude a una percepción orgánica de la existencia, a la vida en las calles, con sus semáforos cambiantes, sus gentes caminando de un lado a otro, en todas las direcciones. Juan Uslé ha dicho alguna vez que el arabesco que se incrusta en sus retículas es como la gente que va y viene a toda prisa por las rígidas geografías de Manhattan o como el frenético recorrido del metro por debajo de ellas. Es el encuentro del orden y el caos. El trabajo de Villareal no anda lejos de esta posición. Como su compañero de galería, el japonés Tatsuo Miyajima, es capaz de poner la poesía en manos de un *software* y, así, reflexionar sobre el tiempo y el ritmo de la vida. **JAVIER HONTORIA**

M. CLINE: *HIGHER HOPES*, 2004

Michael Cline

MARTA CERVERA. PLAZA DE LAS SALESAS, 2. MADRID. HASTA FINALES DE FEBRERO. DE 1.500 A 5.000 E

MICHAEL Cline es un joven pintor norteamericano (Cabo Cañaveral, Florida, 1973) que realiza ahora su primera individual fuera de los Estados Unidos con un conjunto de pinturas (alrededor de diez) de mediano y pequeño formato. El pintor tan sólo ha realizado un par de individuales aunque formó parte, el pasado año, de una colectiva de pintura en el prestigioso espacio neoyorquino de David Zwirner. La suya es una pintura figurativa que se expresa en lentos recorridos y contornos precisos, una pintura discreta en su cromatismo, sin demasiados excesos, con dominio de ocres y tierras. A veces hace uso del collage, con un cuidadoso ejercicio de superposición de pequeñas piezas de papel con las que confecciona el cabello de un raro retrato en serie. En los cuadros se mezclan arquitecturas y naturaleza con gran esquematización pero esto no es más que el escenario para los verdaderos protagonistas, personajes grotescos que realizan acciones extrañas y se comportan de forma insólita. Se agarran y se maniatan con posturas forzadas y absolutamente ridículas. La obra de Michael Cline ha de situarse en la interpretación crítica de la vida americana, en la reflexión sobre las ansias y ambiciones de sus gentes en permanente busca y captura de un sueño casi siempre inalcanzable. Cline nos habla de supersticiones y fracasos, de frustraciones y deseos imposibles, del peso de la religión y de un conservadurismo rácano y zafio. Nos habla también de una América vuelta hacia sí misma porque estos son espacios irreales, que fluctúan ajenos al discurrir del tiempo y a todo lo que les rodea, porque a estos personajes burlones les sobra y les basta con lo que tienen a mano, sin ser conscientes del drama en el que viven. Michael Cline nos presenta, en definitiva, pequeñas estampas de una sociedad en crisis. **J. H.**

Fernández Pera

UTOPIA PARKWAY. AUGUSTO FIGUEROA, 5. MADRID. HASTA EL 25 DE FEBRERO. DE 850 A 2.600 E

JUAN Manuel Fernández Pera (Madrid, 1943) es un artista cuya obra arroja una primera impresión de apariencia común pero que, sin duda, contiene en su fondo singulares y hasta paradójicos valores. Se trata de la obra de un pintor silencioso que declama con lírica contenida y reservada, y también la de un nostálgico que habla de tiempo detenido. Su pintura parece vivir encerrada en una memoria que abarca lo visto o visitado, lo anhelado de fuera y de dentro de sí mismo. No hace falta conocer detalles de su actividad, ni siquiera saber que no exponía individualmente desde hacía más de diez años, para darse cuenta de ello. Sólo hay que mirar las obras que ha pintado durante el pasado 2004 y que ahora cuelgan de las paredes de esta utópica galería madrileña. Se trata de óleos sobre tela reposados y meditabundos, que se originan en ciertos retazos de la mirada detenida sobre los páramos, picos y mesas de las atemporales tierras sorianas y palentinas, con sus lagunillas y pedregales, sus tierras de labranza y barbechos cubiertos de flor cárdena. Retales, decimos, de visión introspectiva que han sido calentados a la lumbre del recuerdo, y también de la poesía de ciertos autores (Gerardo Diego, Antonio Machado...) que han cantado a las mismas o parecidas tierras de fuera y de dentro. Ascuas de vislumbramientos finalmente proyectados con forma de pintura. Su forma denota detenimiento en la volubilidad de las franjas de color, de las manchas borrosas, de la ceguera con el detalle, sin amor por lo concreto. Figuraciones figuradas, detenimiento detenido, paisajes de fuera sacados del interior, en unas obras que se olvidan de un naturalismo anterior para acercarse a las de algún Rothko y algún Esteban Vicente. Meditaciones poéticas y metafísicas que se valen del color y sus grados para auscultar los estratos del ser y su diálogo con lo otro. **ABEL H. POZUELO**

FERNÁNDEZ PERA: *UN AMARILLO AUGUSTO*, 2004